

## EL ESPIRITU DE ORACION CONSISTE EN MIRAR A DIOS Y PENSAR QUE DIOS NOS MIRA

Mayo, 20-1881

Mis queridas Hijas:

Hemos hablado últimamente y varias veces de los Misterios y de las Fiestas de este tiempo. Hoy deseo volver al amor de Dios y del prójimo, que es toda la base de la vida religiosa. Como dice San Agustín: *En primer lugar amemos a Dios, mis queridas Hijas, y amemos al prójimo.* El gran medio de la vida espiritual es el espíritu de súplica y de oración. Sobre estos puntos hay que volver siempre. Nuestra profesión es un estado en el que buscamos adquirir la perfección del amor de Dios por el sacrificio completo de nosotras mismas, por la confianza absoluta en la bondad divina; por el retorno continuo hacia Dios; por el abandono filial entre sus manos y al mismo tiempo por la generosidad, que es la consecuencia de este abandono.

Voy a presentaros hoy estos medios de oración bajo un aspecto excesivamente familiar y conveniente a todos los estados del alma. Recordaréis, sin duda, que en uno de nuestros últimos retiros decía el Padre que nos le predicaba, que había visto él un pobre lugareño entrar en la iglesia y quedarse, permaneciendo allí mucho tiempo, sin tener un libro y sin mover los labios para rezar. El Padre se preguntaba: *¿Qué hace ahí? ¿En qué se ocupa?* Quiso satisfacer su curiosidad, interrogando al pobre aldeano, que le respondió: *Yo le trato y El me trata; yo le miro y El me mira.* Esto es bien sencillo, y, sin embargo, toda la vida interior del alma religiosa está ahí, y lo que hoy quiero recomendaros es tener siempre vuestra mirada elevada hacia Dios.

¡Yo le miro! Es hacia El hacia quien dirijo la mirada. Cualquiera que sea mi ocupación, en cualquier hora del día, se eleve hacia Dios la mirada mía; hacia Nuestro Señor Jesucristo, hacia la Santísima Virgen. ¡Yo le miro! Es a El a quien va siempre mi pensamiento, mi intención. Cuando hablo, cuando estoy entretenida con la gente, cuando me ocupo de mi empleo, es para El el pensamiento. Yo le miro y El me mira.// porque no hay que olvidar, que lo que hace esta mirada vi-

gilante, respetuosa, como debe ser, es que al mismo tiempo que nosotras miramos a Dios, también Dios nos mira. El nos mira en todas partes. Nuestro Señor Jesucristo resucitado, triunfante, en lo más alto de los cielos, hecho nuestro abogado mira lo que nosotros hacemos por El. Penetra en lo más profundo, hasta lo más íntimo de nuestra alma; nos sigue en todos los instantes de nuestra vida. El ve con qué pureza, con qué espíritu de sacrificio y de obediencia le servimos, con qué pobreza, con qué desprendimiento de nosotras mismas, y nos mira, para estar contento de nosotras y también para ayudarnos.

Ya comprenderéis que indudablemente la mirada de Jesucristo ayuda a sus criaturas. Cuando San Esteban era arrastrado por los judíos para apedrearle, vio el cielo abierto y a Jesús en pie, a la derecha del Padre, y mirándole: Jesús estaba levantado, dicen los comentaristas, porque ayudaba a un combatiente. Miraba a Esteban y su vista le comunicaba la fortaleza para combatir, para vencer y para entrar en la eternidad triunfante y también de pie como el primero de los mártires.

Esta mirada de Jesús es nuestra fortaleza: nos ayuda a triunfar, a renunciarnos, a caminar

siempre derechos. Creo haberos ya dicho que una rectitud grande de conducta, de palabra, de acción, es uno de los caracteres que sellan el espíritu de la Asunción. Para esto hay que ir directo a Dios; hay que ser sencillo, es decir, no tener punto de doblez; según la expresión de San Francisco de Sales, tener siempre una sola intención dirigida a Dios; no poseer dos ojos, uno para el cielo y el otro para la tierra, sino un ojo sólo, siempre mirando hacia Dios, de tal manera que todo se haga por Dios con lealtad de pensamiento y de corazón.

Empleo aquí una palabra importante. Ser leal se decía en otro tiempo, para significar la fidelidad absoluta de un sujeto hacia su Soberano. Un hombre leal estaba siempre dispuesto para prestar servicio y hasta dar su vida a su bienhechor, o a su Señor y dueño; era siempre respetuoso, siempre fiel, siempre sincero; esta lealtad, se la debemos a Dios, como a Soberano nuestro; también se la debemos, porque estamos unidos a El por un vínculo sagrado: somos sus esposas, y le debemos servir siempre con lealtad, con un corazón respetuoso, generoso, fiel; con esa lealtad de un corazón que no sigue dos caminos en la tierra.

Ya sabéis cuáles son las maldiciones promulgadas en la Sagrada Escritura contra aquellos que siguen dos caminos; uno para caminar por la vía de los buenos, y el otro para andar en el camino de los perversos.

Pues bien, nosotras siempre podemos vivir en la vía que lleva al cielo, si somos fieles en permanecer bajo la mirada muy pura, muy amante de Nuestro Señor Jesucristo, que nos mira también buscando en nosotras un consuelo. ¿Por qué habéis dejado vuestras familias? ¿Por qué estáis aquí, en una profesión especial? ¿Por qué hizo Dios esa inversión de la vida humana, sino porque Jesucristo quiere tener casas religiosas donde todo sea para El y que en este perverso mundo haya lugares donde El pueda encontrar consuelos?

Ahí está el fin de vuestra vocación. Jesucristo, sin duda, quiere que le sirváis pero quiere también que le consoléis. Si hubiese en una casa una sirvienta que hiciese su trabajo, pero de una manera desagradable, podría decirse que servía, pero nunca podría ser una consolación; vosotras debéis ser el consuelo de nuestro Señor Jesucristo, pero de manera que todas vuestras obras le

sean agradables, que sean rectas, que sean santas; que sean buenas, porque Nuestro Señor es la bondad misma. ¿Podría El recrearse viendo lo que hacéis, si vuestro corazón no es caritativo, si conserváis pequeños celos, pequeños enfados y disposiciones nada buenas? Un corazón que no es abnegado, generoso, caritativo, que no perdona, no es un corazón que consuela a Nuestro Señor y donde El mora y se recrea.

Copio de la palabra del pobre lugareño lo que yo quisiera que recordarais vosotras, no solamente cuando estáis en la capilla, sino siempre, en todas partes. Sabéis muy bien que los muros no detienen la mirada de Nuestro Señor Jesucristo; se extiende hasta aquí: en este momento que os hablo, ve lo que hace y lo que piensa cada una de sus esposas. Por eso yo quisiera que cuando trabajáis, cuando estáis con las niñas, en vuestro trato, con las personas de fuera, el pensamiento de esa mirada subsista siempre. Sin duda, no podéis siempre rezar, ni hablar siempre de Dios, pero, ¿quién os impide mirarle y pensar que El os mira?

Dios es como un océano sin fondo y sin límites; en El estamos siempre, siempre le tenemos

presente, siempre estáis en El. ¿Por qué entonces la fe de nuestra alma no advierte siempre y en todas partes la vista y la presencia de Dios? Sed fieles, hermanas mías, bajo esta mirada y también agradecidas. Se dice algunas veces que una se encuentra aislada, que no siente nada; pero, si por la fe, se tiene la seguridad de que la mirada de Dios nos sigue, ¿por qué no sustituir por la fe el sentimiento y el consuelo? Por consiguiente, cuando yo esté enferma, cuando esté agonizando, cuando desaparezcan todas las criaturas, jamás la mirada de Dios dejará de estar conmigo. Siempre yo le veré; siempre El me verá con ese amor fiel que me llamó; primero a la vida religiosa y quiere ahora, por la vida religiosa, conducirme al cielo.

Dios es fiel con las almas que escoge, no las abandona jamás y algunas veces hasta hace milagros para santificarlas; pero es necesario que ellas correspondan y traten de ser lo que este gran Dios no desdeñó ser por ellas; es preciso que sean fieles, supuesto, que es El quien lo da todo; que se adelanta a ellas, y quiere conducir las amorosamente hasta la gloriosa eternidad.